

Ihara Saikaku. Trad. Daniel Santillana. *Vida de una mujer amorosa*. México: Sexto Piso Editorial, 2012. 241 pp. ISBN: 978-84-15601-12-8.

Reviewed by Antonio Cortijo Ocaña
University of California



Ihara Saikaku es una de las máximas figuras de la literatura japonesa del siglo XVII, notado generalmente por el modo magistral en que supo retratar la vida y costumbres de la era Edo. En este libro, ahora traducido y anotado magistralmente por Daniel Santillana, se nos presenta en clave autobiográfica la vida de una cortesana venida a menos, que, tras pasar por todos los estadios de la vida prostibularia, acaba sus días, vieja y descreída, en las cercanías de la montaña Narutaki, en una cabaña de tejado de bambú *sasa* que le construye un amigo. Éste le pide “que le permitiera a la muerte llegar a su tiempo, que abandonara el camino falso que había seguido hasta ese momento, recuperara la pureza de mi corazón y siguiera la verdadera senda de Buda” (240-41). Allí, confiesa, la vida de renuncia y penitencia ha desvanecido las nubes de su ser y ha purificado la luna de su corazón. Allí también, tras siete años de habitar en la montaña del norte, tiene ocasión de recibir a dos jóvenes que llegan por casualidad en peregrinación deseosos de conocer qué sea el amor, con “opiniones diversas sobre la vida y la muerte” (15). Lo que sigue, el relato del libro, es la narrativa que la anciana les hace de su vida, vivida en un mundo sin certeza ni asidero moral, que ha hecho que vaya de los más encumbrados puestos como cortesana de lujo Tayu y Tenjin al otoño de su edad madura como mujer *soka*, solicitando a los transeúntes en la calle. En este punto, cuando había vivido ya sesenta y cinco años (226), comprendió que su “servicio en el mundo flotante había concluido y acepté renunciar a él para siempre” (233).

A la mente se vienen dos tipos de relatos en la tradición occidental. En primer lugar, podría pensarse en las aventuras picarescas de personajes femeninos, al modo de una Lozana andaluza, una Gitanilla, una Niña de los Embustes o una Pícara Justina, entre otras. De otro, podríamos recordar los relatos de la tradición sentimental *de amore* castellana, portuguesa o catalana, aquellos que con el refrendo del *De amore* de Andrés el Capellán entonaban, ya en la edad madura de sus protagonistas, una palinodia o *retractatio* de los placeres de la juventud, precisamente aquellos que nos ofrecen con regusto a lo largo de sus páginas. De por medio, claro, podemos pensar en los relatos de quienes han servido a muchos amos y desde *El asno de oro* de Apuleyo al *Coloquio de los perros* de Cervantes nos presentan relatos lucianescos de

transformaciones llenos de un mohín desilusionado y cínico que mira la vida con una cierta desesperanza.

Con todos ellos podría encontrar similitudes el relato de Saikaku. Pero todo aquí está teñido de una desesperanza vital en la boca femenina de esta moza de muchos amos, con un tono que fluctúa entre la maravilla exultante del amor irrefrenable “a causa de su naturaleza apasionada” (144) y la final resignación contenida que parece rodearlo todo como una atmósfera reconcentrada (“si hay algo de sobra en la capital, son santuarios budistas y mujeres”, 192). Esta hermosa prostituta recorre la geografía nipona del siglo XVII (Edo, Kioto, Osaka...) en un camino de *paracaídas*, como podría llamarlo Vicente Huidobro. Pero su viaje es un descenso al infierno de la vida, de las altas esferas del lujo cortesano a las ruindades de la calle más abyecta, pasando por todos los oficios imaginables relacionados con la profesión más vieja del mundo (incluido el lesbianismo, 164), hasta llegar a concienciarse del *mono no aware*, “sentimiento de melancólica resignación ante lo inevitable de la muerte, conciencia de que la vida es un estar muriendo” (99). Por debajo de ello el narrador insiste por boca de su protagonista en marcar que el dolor resignado que se nos narra es el que proviene de la dureza que esta vida ofrece a la mujer: “No hay dolor comparable al dolor de ser mujer. Éste es, en verdad, un mundo terrible” (103).

Lo curioso del personaje que nos cuenta su historia es que se lanza a su vida de *disipación* sin conciencia alguna de pecado. De hecho parece disfrutarla con deleite, orgullosa incluso de dar rienda suelta a sus deseos (145), aunque poco a poco se hace consciente de que “en el mundo sólo la juventud cuenta y, a la vuelta de los años, acabamos por perderlo todo” (157). El paso implacable del tiempo y el implacable progreso de la pérdida de su belleza, que paulatinamente se marchita, le llegan a esta mujer de modo sorpresivo para ella. También se entrometen por la narración comentarios positivos sobre el estado matrimonial (“viajar es triste; en la morada fija, por el contrario se encuentra el consuelo nocturno que proporciona el amor de la esposa”, 217) y negativos sobre la condición engañosa femenina, fruto de la experiencia de la propia protagonista. “Desde luego”, dice, “cuando alguien compra un objeto, primero lo somete a un examen minucioso; muchísimo mayor cuidado debería ponerse cuando lo que se adquiere es una mujer” (178). Y todo ello concluye con una desesperanza incluso del propio acto físico amoroso que tanto ha complacido a la narradora: “Se dice que el placer carnal entre el hombre y la mujer evoca el abrazo entre dos cadáveres en descomposición” (185).

El relato es realista en cuanto presenta una pintura detallada de costumbres de la sociedad contemporánea. Pero todo en él rezuma un proceso de selección estilizada. Al boato o sordidez de las escenas se sobrepone una cierta elegancia que nunca se pierde ni en los momentos más escabrosos, y flota en el aire un aura de incienso e invocaciones a Amida Buda: “El momento invitaba a la tristeza y, en ese instante, se oyó el sonido de una campana que evocaba la inconstancia de todo cuanto existe” (209). Aceptación y resignación son los sentimientos que recogen el final del triste viaje de la protagonista, un a modo de *substine et abstine* estoico moderado por la

conciencia budista del dolor de la existencia. Llegada a este punto y tras habersele presentado como en sueños las imágenes de los miles de hombres con quienes se ha acostado y hasta los rostros de noventa y cinco o noventa y seis niños, que le piden que los aúpe en brazos, dice nuestra narradora, “comprendí que mi servicio en el mundo flotante había concluido y acepté renunciar a él para siempre” (233), tras concluir que “nada es más horrible que una mujer de este oficio” (239). Pero no hay reproche ni amargura. A los dos jóvenes peregrinantes les ha relatado la verdad íntegra de su vida, sin esconder nada, “desde que el loto de mi corazón se abrió hasta que se marchitó” (241).

Sólo he sido una mujer amorosa, sin familia, que les ha proporcionado a ustedes, jóvenes, una diversión adecuada a una noche de primavera. (241)

Para Daniel Santillana la novela funciona como *road novel* a la vez que como punzante crítica que descubre la doble moral en la que estaban afincadas gran parte de las “buenas maneras” japonesas del periodo Edo. La prosa, sencilla pero reveladora, permite que las aventuras de sus personajes se abran eco en la mente de los lectores de manera evocadora. La traducción captura ese ambiente sugerido por el texto original, ofreciéndonos una prosa sencilla y fluída. La *mujer amorosa* de su título no llega tras muchos años de vida a unas conclusiones diferentes de las que leemos en tantos textos *de amore* del XV castellano o italiano, ni sus comentarios morales difieren de algunos de los de nuestra mejor picaresca. El mundo en eterno giro doloroso se remansa en la cueva del asceta desencantado, donde la *rota Veneris* del fluir alcanza una resignación madura y reposada, situada la acción entre el remanso de una naturaleza majestuosa, al pie de las montañas, tan sólo interrumpida por la visita extemporánea de una juventud inquieta pero ignorante y necesitada de consejo. Una ambientación, en suma, nipona en su totalidad para un tema de significación universal: el amor y el dolor de la existencia, vivda como viaje, cara y cruz de una misma moneda.